



HOMBRE MIRANDO AL SUDESTE

Eliseo Subiela, 1986

AMBICIOSA, PUERIL, PEDANTE

A la enfermera de un psiquiátrico bonaerense ya le había ocurrido antes que el número de pacientes no le cuadrara al pasar lista. Nada extraño. El establecimiento mantiene sus puertas abiertas durante el día y cualquiera puede fugarse. Pero esta vez, para su sorpresa, en el recuento le sale un hombre de más. Dice llamarse Rantés y venir de otro planeta para estudiar a los humanos. El nuevo inquilino del hospital no tarda en convertirse en un desafío para el escéptico doctor Julio Denis, que acaba replanteándose el sentido de su profesión y de su vida misma.

El crítico Manolo Marinero encuentra esta película “ambiciosa, pueril, pedante y pesada”. Estoy de acuerdo.

Subiela ha querido hacer un Cristo del siglo veinte que nos lea la cartilla por estar haciéndolo mal. Pero le ha salido un personaje menos creíble que el de la Biblia. Rantés, que así lo llama, es algo que no se sabe lo que es. Dice que viene de otro planeta con el que se comunica por vía... bueno, por alguna vía. La tecnología de este extraterrestre es tan rudimentaria que almacena la información en el viejo formato de recortes de periódico metidos en una caja de cartón. Eso sí, poderes tiene. Al menos los suficientes para tocar un órgano sin haber leído antes una partitura, realizar milagros telequinésicos envueltos en música sacra, dirigir una orquesta que interpreta la novena sinfonía de Beethoven y hacer que la gente se vuelva idiota bajo su influencia. Esto último parece que no es tan difícil. Subiela lo consiguió en más de un certamen cinematográfico. Incluso hubo un escritor, Gene Brewer, que secundó la idea escribiendo una novela, *K-Pax*, que fue llevada al cine por la Universal.

En mi opinión, si alguien necesita un Cristo del siglo veinte, mejor que lo busque en *Nazarín* (el de Buñuel, no el de Pérez Galdós).